



## ISIDRO FABELA

POR EL DR. ALFONSO CASO,  
*(director del Instituto Indigenista. Arqueólogo)*

Me une a Isidro Fabela un afecto fraternal. Entre las primeras impresiones que recuerdo de mi infancia, está su constante presencia en la casa que habitaban mis padres, en la que entonces se llamaba Calle de Buenavista No. 16, y que ahora es la casa que hace esquina en Puente de Alvarado y Ponciano Arriaga.

Mi hermano Antonio e Isidro eran inseparables. Entonces estudiaban en la Preparatoria, y con mucha frecuencia, a la hora de la merienda, se presentaban en la casa, y algunas veces los oía discutir con mi padre, empleando palabras que no entendía, para expresar ideas que tampoco captaba, pero que quizá, precisamente por eso, me inspiraban un gran respeto. Ellos eran “los grandes”, los que tenían derechos y prerrogativas que nosotros “los chicos” envidiábamos, pero no nos atrevíamos ni siquiera a soñar.

Otros amigos concurrían a la casa: Bravo Betancourt, Vasconcelos, Alfonso Reyes, muchos de los que más tarde fundaron el Ateneo de la Juventud; pero el amigo más querido de Antonio fue siempre Isidro Fabela. Mi padre y mi madre lo consideraban de la familia, y su espíritu siempre ágil y festivo hacía que riera de buena gana el ingeniero Caso, ocultando su risa tras las guías del bigote. Para mi madre, Isidro era como otro hijo; alegre y dicharachero, ingenioso y sutil; inventaba constantemente nuevos motivos para reír, pero al mismo tiempo, era brillante en el estudio y en la plática.

Vino después la Revolución. Seguíamos todos en casa con un interés constante las andanzas de Isidro, su participación en el movimiento, su actitud siempre recta y valiente, y después, sus triunfos en la diplomacia; su postura gallarda en representación de

México, la confirmación constante de su habilidad, de sus conocimientos y de su patriotismo.

Juzgar a quien nos une tan profundo afecto, es imposible. Sólo puedo decir que es para mí una alegría siempre renovada, ver el brillo de sus ojos maliciosos a través de los espejuelos, y estrechar su robusta mano siempre honrada y cordial.

México, noviembre 28 de 1958